

simo sacramento, la doctrina de la epístola y del evangelio, y las oraciones, podréis sacar fruto de las tres. De la adoración sacaréis un nuevo y ferviente deseo de incorporaros por fe y amor a la pasión de Cristo y matar vuestro hombre viejo por Cristo y resucitar vuestro hombre nuevo con Cristo. De la doctrina tomaréis siempre alguna cosa en qué pensar aquel día. De este modo, si oís que el clérigo dice el Evangelio que comienza, «In principio, erat verbum», cuando llega a aquello, «dedit eis potestatem filios Dei fieri, iis qui credunt in nomine eius», que quiere decir, «Dios dio facultad y potestad para que fuesen hijos de Dios todos los que creen en su nombre», os podréis detener pensando en la suma bondad y misericordia de Dios con la cual llama a tan vil criatura a tan alta y excelente dignidad como es ser hija de Dios, y esto solamente por creer en Cristo. Mismamente, si oís leer la epístola de san Pablo que comienza, «Hoc sentite in vobis, quod in Christo Iesu, qui cum in forma Dei esset, &c.», que quiere decir, «Haced, hermanos, que vuestros ánimos tengan el mismo desprecio del mundo y de su propia estima que conocéis que tuvo Cristo Jesús, el cual siendo hijo de Dios se humilló a tomar hábito de siervo, con el que conversó aquí en el mundo», procurad deteneros pensando en la profunda humildad de Cristo, de tal manera que este pensamiento confunda vuestra soberbia y os haga toda humilde, deseosa de imitar la humildad y la mansedumbre de Cristo. De este modo podréis recoger siempre de la epístola o del evangelio alguna consideración con que quedaros.

*Joh. 1,
1-13.*

*Philipp.
2, 5 ss.*

JULIA Ya lo entiendo. Seguid más adelante.

VALDÉS De las oraciones tomaréis ocasión para elevar vuestra alma a Dios, rogándole interiormente que acepte lo que el sacerdote en nombre de toda la Iglesia le pide.

JULIA ¿Y os parece que deba oír misa cada día?

VALDÉS De los de fiesta, si es posible, no dejéis ninguno; de los otros, dejaréis solamente aquéllos en que, ocupada en alguna obra de caridad, no la podréis oír sin separaros de ella. A oír el sermón iréis con el ánimo humilde y obediente, como si fueseis a oír a Cristo. Y cuando oyereis decir al predicador alguna cosa que os parezca buena, con una secreta oración rogad a Dios que la imprima en vuestra memoria y os dé su gracia y favor con que la podáis poner por obra.

*Misa
cada
día.*

*El ser-
món.*

JULIA Y si el predicador es de los que se usan por el mundo, que no predicán a Cristo, sino cosas vanas y curiosas o de filosofía y de no sé qué teologías o de sus sueños y fábulas, ¿queréis que vaya a oírlo?

*Predica-
dor
vano.*

VALDÉS En esto haréis como mejor os parecerá. De mí os sé decir que en todo el año no paso peores ratos que los que pierdo en oír a algunos predicadores de esos que sabiamente habéis pintado, y así los oigo pocas veces.

JULIA Eso es no quereros ejercitar en la virtud de la paciencia.

VALDÉS Sea lo que se quiera, que en el púlpito querría yo oír predicar a Cristo, si fuese posible. Bien es verdad que, toda vez, por malo que sea el predicador, es bueno oírlo aunque no sea sino porque, vista la necesidad que tienen las almas cristianas de oír la doctrina de Cristo, os inflaméis a pedir ardentísimamente a Cristo que envíe a su Iglesia predicadores que prediquen y enseñen pura y sinceramente su santísima doctrina. La lección ya os he dicho que por ahora querría que fuese de cosas sencillísimas que os inflamasen la voluntad y no os ocupasen el entendimiento. Y cuando leeréis en cosas de la Sagrada Escritura, habéis de pensar que habla Dios con vos, y por eso habéis de dirigiros a ella con ánimo humilde

*La lec-
ción.*

*En la
Sagrada
Escritu-
ra.*

y obediente, y pensar que leéis no para saber razonar, sino para entender cómo habéis de vivir. En la sagrada escritura habéis de buscar medicina contra las tentaciones, a ejemplo de Cristo, que, siendo tentado del demonio en el desierto, a cada una de sus tentaciones le respondió con un dicho de la sagrada escritura. En la misma habéis de buscar remedio contra las adversidades, contra las persecuciones y trabajos del mundo, porque, como dice san Pablo, todo lo que allí está escrito, está escrito para nuestra doctrina.

*Mat. 4,
1 ss. y
Paral.*

JULIA ¿Qué libros son los que llamáis sencillísimos?

*Rom.
15, 4.
1 Tim.
3, 16.*

VALDÉS De los que usé un tiempo son: un librito que llaman *De imitatione Christi*, y el otro de *Cassiano*, y el de san Jerónimo de las *Vidas de los eremitas*, y pienso que todos estos están en vulgar. Esto es en cuanto a la lectura. La oración es un levantamiento del ánimo a Dios con deseo de alcanzar de él lo que le pide. El modo de orar y lo que se ha de pedir en la oración es cómo nos lo enseña Cristo por san Mateo, diciendo: «Cuando queréis hacer oración, no haréis como los hipócritas, los cuales acostumbran orar en las reuniones de las gentes y en los cantones de las plazas para ser vistos de los hombres, y dígoos la verdad que ya los tales recibieron su galardón. Tú, pues, cuando querrás orar, éntrate en tu cámara y, cerrada tu puerta, haz tu oración a tu Padre, el que está en secreto, y tu Padre, el que está en secreto, te lo remunerará en público». Por estas palabras nos enseña Cristo que nuestra oración ha de ser secreta, tanto por huir la ambición como porque el ánimo quieto en lo exterior más fácilmente se aquieta en lo interior. Y dice en seguida Cristo: «Y cuando orareis, no gastéis muchas palabras como hacen los gentiles». Donde muestra que quiere en la oración pocas palabras, mas mucha fe y mucho afecto. Después dice: «Por tanto, vo-

*Libros
para
leer.*

*La ora-
ción.*

*Mat. 6,
5 ss.*

sotros oraréis de esta manera: «Pater noster, qui es in coelis» etc. Donde nos enseña que en la oración no hemos de pedir cosas curiosas ni superfluas, sino solamente las que nos parecerán necesarias para la gloria de Dios, para la salud de las almas de nuestros prójimos y nuestras, y para sustentar nuestras vidas. El cómo hemos de orar nos enseña en otro lugar Cristo, diciendo: «Todo lo que pediréis con confianza, os será dado». De modo que para que la oración sea buena ha de ser en secreto, con pocas palabras y con mucho afecto, y con honesta y justa petición y con entera fe y confianza de que Dios nos dará lo que le pediremos. También nos enseña Cristo en otro lugar que seamos importunos y que perseveremos en la oración. Y porque la oración vocal muchas veces enciende y levanta el ánimo a la oración mental, no querría, Señora, que os obligaseis a cierto número de salmos o de padrenuestros para que estéis siempre libre y que, enviándoos Dios en la oración alguna buena inspiración, os podáis detener en ella tanto cuanto sentís que vuestra alma la gusta.

*Mat. 7,
7 ss y
Paval.*

JULIA Esto no lo entiendo, si no me lo declaráis por algún ejemplo.

VALDÉS Quiero decir que, si diciendo el Pater noster, llegáis a decir «adveniat regnum tuum» y en aquel lugar Dios os muestra la felicidad que el ánimo tiene cuando reina Dios en él, que os detengáis en esa consideración. Y de la misma manera que si, diciendo «cor mundum crea in me Deus, et spiritum rectum innova in visceribus meis», esto es, «Crea en mí, Dios, el corazón limpio y renueva en mis entrañas el espíritu recto», sentiréis que vuestro corazón comienza a inflamarse con deseo de esta limpieza y vuestras entrañas se comienzan a abrir, ansiosas de que el Espíritu Santo sea en ellas renovado, sin pasar más adelante, con un pensa-

miento de Cristo crucificado, aumentéis el fuego de vuestro corazón y abráis más las puertas de vuestras entrañas para que él quede limpio y ellas vayan llenas del Espíritu Santo. Esto haréis así, no habiéndoos obligado a cierto número de salmos o de padrenuestros. ¿Lo entendéis ahora?

JULIA Perfectamente.

VALDÉS El ayuno en cuanto es abstinencia depende de la sagrada escritura y sirve a la caridad. Por tanto dejaré siempre a vuestra discreción que hagáis tanta abstinencia cuanta conoceréis seros necesaria para destruir al hombre viejo y vivificar al nuevo, y seré siempre de parecer que hayáis de establecer la abstinencia más en la cantidad de los alimentos que en la calidad, y de esta manera podréis siempre que querráis, ayunar sin que nadie lo perciba. En cuanto a los ayunos de la Iglesia, haréis como hacen los otros, que en esto no os doy regla alguna. Pero os quiero avisar de esto, que si los preceptos, como dicen, obligan según la intención del que los dio, yo pienso que son pocos los que cumplen el precepto del ayuno.

JULIA ¿Por qué?

VALDÉS Porque pocos cumplen el efecto que la Iglesia quiso que alcanzasen con el ayuno.

JULIA ¿De dónde sabéis esa intención de la Iglesia?

VALDÉS De lo que canta en el prefacio durante toda la cuaresma diciendo, «Qui corporali ieiunio vitia comprimis, mentem elevas, virtutem largiris et premia», esto es, «Tú, Dios, que con el ayuno corporal refrenas los vicios, levantas la mente, das la virtud y los premios». De donde parece que la Iglesia quiso que por medio del ayuno nosotros cristianos mortificásemos los apetitos sensuales, que nos incitan a los vicios y que levantásemos nuestras almas a Dios para que fuesen galardonadas con premios de virtudes cristianas. La confesión es una cosa tan espiritual e interna que po-

La confesión.

déis, Señora, creer que si leéis todo cuanto está escrito de ella, y si oís de ella hablar a los ángeles del cielo, no acabaréis de saberos bien confesar si antes Dios no mueve vuestro corazón al conocimiento de vuestra poquedad y miseria para que os humilléis ante la presencia de su divina majestad, y alumbra vuestro entendimiento e inflama vuestra voluntad al conocimiento de su infinita bondad y misericordia para que cordialmente creáis en Cristo y améis a Cristo. Esta verdad quiero, Señora, que os la persuadáis para que, cuando Dios tocará vuestro corazón y moverá vuestra voluntad dándoos conocimiento de que por vuestros pecados habéis perdido su gracia y engendrando en vos horror de ellos y deseo de confesarlos para volver a recobrar su gracia, estando cierta de que esto no lo podéis saber hacer sin favor y gracia de Dios, interiormente os encomendéis a Él, suplicando que abra los ojos de vuestro entendimiento para que con verdad os conozcáis y alumbre los ojos de vuestra alma para que enteramente os confiéis en Cristo y ardientemente améis a Cristo. Éste es el primer aparejo que debéis hacer para confesaros, y porque, como os he dicho, a la confesión se ha de ir con profunda humildad y con firme fe y ardiente caridad, conviene, Señora, que a la humildad vayáis por el conocimiento de vos misma, en el cual debéis entrar profundamente de la manera que ya os he dicho, y que a la fe y caridad vayáis por el conocimiento de Dios, en el cual os ejercitaréis con las consideraciones que hace poco habéis oído.

JULIA Bien quisiera que me las volviésemos a repetir, si no fuese tarde.

VALDÉS Bastará que vos misma, vos sola, las traigáis a vuestra memoria. Hecho este segundo aparejo, quiero, Señora, que examinéis bien vuestros afectos y qué cosas os incitan que sean de calidad que os puedan separar de Dios. Este examen haréis poniéndoos ante la ley de Dios, entendida de la manera que aquí hemos razonado. Después de esto quiero que, poniendo de una parte los afectos desordenados que habéis conocido en vos, y de otra parte

la ley de Dios, traigáis a vuestra memoria los ejercicios que habéis tenido, las cosas en las que os habéis ocupado, los negocios que habéis tratado, las personas con las que habéis conversado y de quienes habéis razonado, los libros en que habéis leído, los designios que habéis hecho y los pensamientos en los que os habéis deleitado, y quiero en todas estas cosas, tomándolas una por una, examinéis qué es lo que habéis hecho, dicho o pensado que sea o pueda ser contra la ley de Dios, comenzando del primer día y discurriendo hasta el día que os queréis confesar. Y quiero más, que examinéis también lo que en todo este tiempo habéis dejado de hacer, decir o pensar que habría podido redundar en honra de Dios y en utilidad de vuestra alma y en ganancia espiritual o temporal de vuestros prójimos. Que, así como en lo que pecamos por cometer mostramos nuestra iniquidad y descubrimos nuestro mal ánimo con Dios y con nuestros prójimos, así, ni más ni menos, en lo que pecamos por omisión publicamos nuestra poca fe y menor caridad y el poco respeto y amor que tenemos a Dios y al prójimo, y, como hemos dicho, estamos obligados a amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos. Hechos estos aparejos, y sintiendo vuestra alma ya humillada por el conocimiento de su propia malicia y malignidad y muy firme en la fe y muy inflamada en la caridad, con grandísimo horror de vuestros pecados, y sintiendo la molestia de vuestros afectos, os pondréis al pie del confesor, llevando aquel mismo desdén contra vos misma, y sintiendo aquella misma confusión, que si fueseis a pedir perdón a un gran príncipe del cual hubieseis recibido grandísimos beneficios y al cual malignamente hubieseis hecho terribles traiciones. Y así con esta tal preparación, abatiendo y echando por tierra la

Omisión.

presunción y arrogancia humana, clara y abiertamente le descubriréis todas las cosas en que conoceréis haber desobedecido a Dios por malicia, por ignorancia, por descuido y por debilidad. Y si el confesor es persona que sienta y guste las cosas espirituales, quiero que le manifestéis y descubráis los afectos que os mueven, inclinan y llevan a las ofensas y pecados, porque, siendo él tal, os dará tal consejo con el que los podáis mortificar.

Confesar los afectos.

JULIA Nunca oí decir tal cosa en mi vida, que de los afectos he de confesarme.

VALDÉS Si no los queréis confesar al sacerdote, confesadlos a Dios, diciendo con David: «Quoniam iniquitatem meam ego cognosco», y además, «Ecce enim in iniquitatibus conceptus sum, et in peccatis concepit me mater mea», esto es: «Porque yo conozco mi iniquidad», y más, «He aquí, pues soy concebido en iniquidades y en pecados me concibió mi madre». Y, Señora, cuanto más de mal se os hace el confesar que viven en vos estos afectos, tanto más y mejor los debéis confesar, porque más abajáis vuestra natural arrogancia y así os ejercitaréis más en la virtud de la humildad. Y advertid, Señora, que no quiero que seáis supersticiosa ni escrupulosa en la confesión, porque os basta confesar al sacerdote las cosas que conocéis haber hecho con ánimo desobediente a Dios, de las cuales os doléis tanto que, conociendo que podéis vivir sin hacerlas, tenéis firme propósito y deliberación de no hacerlas jamás. Pero de los defectos, sin los cuales apenas se vive en esta presente vida, que son signos de ánimo no mortificado, os confesaréis continuamente a Dios, suplicándole que os favorezca con su gracia para que, hecha enteramente la mortificación de vuestro hombre viejo, cesen en vos esos defectos.

No supersticiosa.

JULIA Esos defectos ¿no los he de confesar al sacerdote?

VALDÉS No por obligación, porque no son pecados que pertenezcan a la confesión, antes propiamente son de los que poco antes os dije que David ruega ser alimpiado, llamándolos defectos secretos. Hecha vuestra confesión de esta manera y tomada vuestra absolución del sacerdote, quiero, Señora, que refrescando en vuestra memoria la autoridad que Cristo dio a los sacerdotes, diciéndoles, «Todo lo que ligareis sobre la tierra, será ligado en el cielo, y todo lo que desatareis sobre la tierra, será desatado en el cielo», creáis firmemente que Dios os ha perdonado todos vuestros pecados y os ha reducido a su gracia. Pero mirad que no quiero que penséis que, por eso os los ha perdonado, porque los habéis confesado, pues esto sería atribuirlo lo que no es vuestro. Por esto quiero que penséis que Dios os los ha perdonado porque creéis en Cristo, amáis a Cristo y habéis colocado vuestra esperanza en Cristo, y que los habéis confesado porque Dios quiere que los confeséis.

Autoridad de sacerdotes.

Mat. 16, 19, 18, 18. Joh. 20, 22 ss.

JULIA Bien entiendo esto, mas querría saber de vos qué opinión es la vuestra en torno a elegir al confesor.

VALDÉS Porque tengo por cierto que buena parte del fruto de la confesión consiste en el buen confesor, a quien pertenece no sólo dar la absolución, sino con gravedad y severidad reprender los pecados y animar al que se confiesa a las virtudes cristianas y darle remedios convenientes según la calidad de la persona para vencer los afectos y los apetitos que le inclinan a pecar, quiero, Señora, que empleéis toda vuestra prudencia, y toda vuestra autoridad en elegir un confesor que sea muy al propósito; si lo podréis hallar tal que por doctrina sepa y entienda el vivir cristiano y haya adquirido y verificado con la experiencia lo que haya leído en los libros, debéis antepoñerlo a todos

Cuál ha de ser el confesor.

los otros y tomarlo. Con este tal comunicaréis vuestros defectos, porque, como bien experimentado, os sabrá dar consejos con los cuales, yendo mortificando los afectos, vayáis dejando los defectos. Y porque tal persona se halla pocas veces, cuando hayáis de hacer elección entre un letrado sin experiencia de este vivir cristiano y un experimentado sin letras, quiero que toméis más bien un experimentado, porque, así como os sabrá dar mejor razón del camino de aquí a Jerusalén una persona que por haberlo caminado esté práctica en él, que otra que lo sepa por cosmografía, aunque la supiese más que Tolomeo, así os sabrá mejor introducir y llevar por el camino cristiano uno que ha ido y va que otro que lo ha leído y lee, el cual, porque como dice san Pablo, no alcanza a las cosas que son del Espíritu de Dios, no puede en modo alguno llevar a otro por donde él no ha ido jamás. Y porque conozco que a vos os está mejor, quiero que elijáis más bien un confesor sin letras, pero con experiencia de las cosas espirituales, si tal lo podréis conocer, que uno con solas letras. Y en esto fiaos de mí, porque no hay mayor ciego que el que se persuade que ve. Y advertid, Señora, que así como quiero que al confesor experimentado en el camino cristiano le pidáis su parecer y consejo en todas vuestras cosas y en todas ellas le deis mucho crédito, y también me parece que del no experimentado no toméis más que la absolción. Esto digo, porque sé por experiencia que los tales muchas veces, queriendo hacer el sabio os dicen cosas que no pertenecen al oficio de verdadero cristiano con las cuales os hacen que contra vuestra voluntad los tengáis en poco, y esto no está por nada a propósito en ese tan alto sacramento. Pienso que en esto quedéis satisfecha.

*1 Cor. 2,
11 ss.*

JULIA Sí quedo, seguid más adelante.

VALDÉS De la sagrada comunión, en donde nosotros cristianos participamos del preciosísimo cuerpo y sangre de Jesu Cristo nuestro Señor, no quisiera deciros poco, porque, aun con deciros mucho, no creo será posible que yo quede satisfecho. Mas, considerando que falta ya poco de aquí a la noche y que gran parte de lo que he dicho sobre la confesión sirve para la comunión, pasaré brevemente en esto. Y así digo, Señora, que a la comunión os ha de llevar el ardiente deseo de uniros con Cristo con fe, con eperanza y con caridad, las cuales tres virtudes quiero que avivéis en vuestra alma cuando vais a comulgar, y quiero que vayáis fundada en humildad, la cual, como muchas veces os he dicho, adquiriréis por el conocimiento de vos misma. Quiero que vayáis llena de fe de tal manera que creáis firmemente que bajo aquellas especies está el verdadero cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesu Cristo. El cual habéis de pensar que nos dejó aquí en el mundo para que siempre que aquellas especies se representasen a nuestros ojos corporales, refrescasen en nuestros corazones la memoria de su pasión, en la cual, mediante su preciosísima sangre, estableció un nuevo pacto entre Dios y los hombres derogando y anulando el viejo. Y el nuevo pacto es que nosotros hombres creamos ser justificados por la sangre de Jesu Cristo y que Cristo, perdonándonos nuestros pecados, nos justifica. Quiero más, que vayáis llena de confianza en la promesa de Cristo, muy segura de que ese alimento celestial os ha de dar mucha potencia y fortaleza para caminar animosamente por el camino cristiano, y os ha de asegurar y defender de los combates y asaltos de vuestros afectos y apetitos sensuales, y ayudar así a la mortificación del hombre viejo y a la vivificación del nuevo, porque habéis de tener por cierto que todos estos efectos y muchos otros más hace en el

La comunión.

*I Cor.
11, 26
ss.*

ánimo la santísima comunión del preciosísimo cuerpo y sangre de Jesu Cristo nuestro Señor. Y por esto tengo por cosa loable y útil la frecuentación de la comunión, más aún en las personas que, habiéndose puesto ante los ojos la idea de la perfección cristiana, han empezado a caminar hacia ella. Y así quiero que vos, Señora, luego que comencéis a caminar por este camino, comencéis también a frecuentar la comunión, yendo siempre a ella en el aparejo que os he dicho. Vuestra limosna será cuanta fuere vuestra caridad, pero mejor diré que en tanto será buena vuestra limosna en cuanto procederá de caridad pura y verdadero amor de Dios.

La limosna.

JULIA ¿Y no me daréis alguna regla que yo tenga en repartir mis limosnas?

VALDÉS No os daré otra regla sino la de la caridad. Amad a Dios y con eso sabréis cómo habéis de repartir vuestras limosnas.

JULIA Lo digo, porque el predicador dijo un día que, según el orden de la caridad, estábamos más obligados a nuestros prójimos que a nosotros mismos.

Orden de la caridad.

VALDÉS Lo que el predicador dijo es que la caridad bien ordenada comienza de Dios, y que ahí aprenden las personas cómo han de amarse y cómo han de amar al prójimo. Y dijo más, que quien está en caridad perfecta muchas veces pospone su interés particular por el bien del prójimo. Lo cual vemos en muchos lugares en san Pablo, quien dice que la caridad no busca sus cosas propias, y en cuanto al repartir la limosna, el mismo san Pablo sin diferencia alguna dice: «Facite bonum ad omnes»; y queriendo algún tanto venir al particular dice: «pero mayormente a los buenos cristianos» ateniéndose a lo que dice Cristo, que al que recibe al profeta sólo porque es profeta da Dios don de profecía, y a quien recibe al justo sólo

I Cor. 13, 5.

Mat. 10, 41 ss.

porque es justo, da Dios don de justicia. ¿Os parece que sean dones éstos de abandonarse?

JULIA Antes me he alegrado tanto de oír esto que me muero de gana de conocer alguna persona justa para hacerle mil caricias y mil bienes para ser yo también justa.

VALDÉS Gentil contradicción es ésa. ¿No veis que en este caso os moveríais por vuestro interés y no, como Cristo quiere, puramente por amor suyo? En fin veo, Señora, que os contentaríais con hacer cualquier cosa que Dios os mandase y quisiese de vos, con tal que os guardaseis vuestro amor a vos misma, y no me maravillo, porque en el mundo no hay cosa más dificultosa que hacerse la persona fuerza a sí misma, cuánto más en las cosas que pertenecen al ánimo, donde no bastan fuerzas exteriores ni industrias humanas. Mas al fin, queráis o no queráis, os prometo que habéis de dar vuestro amor a Dios.

JULIA ¡Qué enfado!

VALDÉS ¿Por enfado tenéis, Señora, que habiéndoos creado Dios para que le améis, y habiéndoos por tantas vías y maneras mostrado su amor, os pidió que le améis?

JULIA Dejadme estar con vuestras réplicas, que si tan prestamente lo pudiese hacer, os prometo que no sería tarda, pero se necesita venir por tantos rodeos a estos efectos que, para deciros la verdad, no sé cómo entendéis esto: Si Dios me mandaba que le diese todo mi amor, ¿por qué no me hizo él de suerte que lo pudiese hacer siempre que yo lo quisiera, así como le podría dar esta ropa?

VALDÉS La imposibilidad, o por decir mejor, la dificultad, nos viene del pecado original.

JULIA No puedo acabar de querer bien a ese Adán, cuando recuerdo los males y dificultades en que por aquel su pecado nos puso.

*Pecado
original.*

Adán.

- VALDÉS Volved la hoja, Señora, y cada vez que, pensando en esas dificultades y males, querréis mal a Adán, quered bien a Cristo que por su obediencia os habilitó para que pudieseis salir de los males y de las dificultades en que la desobediencia de Adán os puso.
- Adán-Cristo.
I Cor. 15, 21
ss.*
- JULIA Decís bien, mas como experimento el mal de la desobediencia de Adán y no el bien de la obediencia de Cristo, no puedo volverme a amar a Cristo tan bien como me voy a querer mal a Adán.
- Rom. 3,
12 ss.*
- VALDÉS También hallaréis otra cosa más bastante si la consideraréis bien: que a Adán podéis querer mal haciendo vuestra voluntad y a Cristo no podéis querer bien sin contradecir vuestra voluntad, y que a Adán podéis querer mal amándoos a vos misma, y a Cristo no podéis querer bien si no dejando el amor propio con que os amáis a vos misma. De manera que, si queréis no querer mal a Adán y querer bien a Cristo, poneos a experimentar el bien de Cristo como experimentáis el mal de Adán, y poneos a contradecir vuestra voluntad y a dejar vuestro amor propio, y experimentaréis tan presto más eficazmente el bien de la obediencia de Cristo que ahora experimentáis el mal de la desobediencia de Adán.
- JULIA ¡Qué pertinacia tenéis con este amor propio y con esta voluntad! Pues os prometo que no me amo tanto como pensáis.
- VALDÉS No pienso que os amáis más de cuanto descubris y manifestáis por vuestras palabras y me parece que, si no os amaseis a vos misma, no querríais mal a Adán.
- JULIA Bueno, que no le quiero querer mal. Me andáis cogiendo en palabras de manera que me hacéis salir a decir lo que no pensé jamás que saliese de mi boca. Y pues por lo pasado saqué buen fruto de vuestras razones, no quiero que me que-

de nada, y así os quiero decir una cosa que más me tiene confusa y en que hallo más dificultad cuando quiero determinarme a entrar en este camino cristiano. Veamos qué salida me daréis y cómo me la acomodaréis en el ánimo. El predicador dice que solamente acepta Dios las buenas obras que hacemos puramente movidos por el amor de Dios, sin que a ellas nos mueva ni temor a infierno ni deseo o amor de gloria, y esto creo yo cierto que sea así pues que él lo dice. Ahora, para decir la verdad y hablar con vos libremente, queriendo yo examinar bien mi ánimo, hallo que no me movería a obrar cosa ninguna si no fuese por temor a ese infierno y a veces por amor a la gloria, pero ninguna por puro amor a Dios, porque sé de mí que, si no hubiese infierno ni paraíso, me lo pasaría bien en este mundo viviendo en esta vida moral y loable a los ojos del mundo como he vivido hasta aquí sin cuidarme de buscar más adelante. Ahora, siendo esto así como en verdad lo conozco en mí, y siendo verdad lo que el predicador dice hallo por mi cuenta que todo lo que yo haré de esta manera, será perdido, pues en efecto conozco que no me muevo a ello por amor de Dios sino por amor mío. No sé cómo me sabréis acomodar esto.

Cómo se sirve a Dios por amor.

Infierno y paraíso.

VALDÉS ¡Si pudiese echar de vuestro ánimo todo vuestro amor propio como sabré acomodar eso!

JULIA ¡A la prueba!

VALDÉS Tenéis, Señora, un esclavo comprado con vuestros dineros, y aunque es vicioso, malvado y mal inclinado, le queréis bien y para que no ponga en efecto sus maldades y vicios, le amenazáis continuamente con la galera y con otros fuertes castigos. Si este tal esclavo tiene ingenio, por no ir a galeras y por no ser castigado, y aun entendiendo que le hacéis aquellas amenazas por bien suyo, no solamente trabaja por refrenar sus vicios

Comparación.

y vencer sus malas inclinaciones, sino que comienza a quereros bien. Conociendo vos esto, comenzáis a tratarlo bien. Él, sintiendo y gustando el buen trato y la afición que le tenéis, comienza también a serviros con diligencia para que le honréis y le deis lo que necesita. Lo hacéis, y así cuanto más le mostréis el amor que le tenéis, tanto más crece en él el amor y voluntad que tiene de serviros. De modo que ya no se abstiene de los vicios y maldades por temor a la galera ni es diligente en vuestro servicio por el buen trato que le hacéis, sino por la buena voluntad y afición que conoce, que le tenéis, y aunque no hubiese galeras y aunque no le pudieseis tratar bien, no dejaría de serviros, porque se halla obligado por lo pasado y porque conoce en vos que merecéis ser servida y obedecida. Entonces vos viendo la bondad del esclavo, dándole carta de libertad, le hacéis libre, y ya él os obedece por amor y no por temor, y os sirve como libre, y no como esclavo, y por gratitud y no por interés. De este mismo modo se porta Dios con nosotros, porque conoce la mala inclinación, la malignidad y la iniquidad del que somos herederos por el pecado de nuestros primeros padres, queriéndonos bien por habernos criado y redimido con la preciosísima sangre de su hijo nuestro Señor Jesu Cristo, y para que no pongamos en ejecución nuestros desordenados apetitos, nos pone delante el infierno. Y de aquí nacen las continuas amenazas de que está llena la Sagrada Escritura. Los que de nosotros abrimos los ojos y creemos que hay infierno y sabemos de cierto que Dios hará lo que dice en castigar nuestros vicios con las penas del infierno, trabajamos por apartarnos de los vicios para no incurrir en la pena, y mismamente porque de algún modo conocemos que Dios nos ama. Y en tal caso, aun cuando no nos movamos por puro amor, todavía Dios, vista nuestra obediencia, nos abre más los ojos a fin de que conozcamos el bien del paraíso. Lo conocemos, y deseándolo comenzamos a aplicarnos a hacer la voluntad de Dios para que nos dé su gloria. Entonces, aceptando Dios nuestra buena voluntad, nos abre más los ojos para

que conozcamos de una parte nuestra malicia y de otra su infinita bondad. Con este conocimiento comenzamos a enamorarnos de Dios y a obedecerle y servirle no ya por miedo al infierno ni por amor a la gloria, sino solamente porque hemos conocido que él es digno de ser amado y que infinitamente nos ama. Entonces Dios nos da carta de libertad, y nosotros no salimos de su servicio por haber tenido la libertad, antes le estamos más sujetos y más obedientes, pero no como esclavos sino como libres, no como mercenarios sino como hijos, y en esto consiste la libertad cristiana. ¿Os ha satisfecho esto?

*Gal. 4,
7 ss., 5,
13 ss.
Rom. 8,
16 ss.*

JULIA Sí, mucho, mucho, y sólo me queda una duda: cuál es la razón de que aun cuando muchas personas sirven con temor como esclavos y por interés como mercenarios, jamás llegan a servir como hijos con la libertad que vos decís.

*Libertad
cristiana.*

VALDÉS Es, que cuando sirven como esclavos y cuando sirven como mercenarios, se tienen y juzgan ser perfectos y, no buscando otra perfección, se quedan siempre en esa servidumbre, como dice san Pablo, que no teniendo noticia de la justicia con la cual Dios justifica a los que en él creen, y queriendo justificarse por sus obras, no llegan jamás a parte de la justicia de Dios. Por tanto es menester, Señora, que reduzcáis a vuestra memoria lo que os he dicho, que conviene tener siempre delante la idea de la perfección cristiana de la manera que os la pinté y mejor, si mejor podéis tanto para pensar que no habéis de cesar en ese camino cristiano hasta que os halléis muy cerca de ella, como para que siempre que cotejaréis vuestra perfección con ella os tengáis por imperfecta y no presumáis de vos, antes tengáis siempre causa legítima para humillaros, porque, así como los ángeles malos perdieron la gloria por soberbia, así quiere Dios que nosotros la ganemos por humildad.

*Rom. 10,
30 ss.*

JULIA Al fin quedo satisfecha de esto, y con dos palabras que me digáis de la libertad cristiana, os dejaré ir con Dios.

La libertad cristiana.

VALDÉS Sabed, Señora, que la libertad cristiana es algo que, por mucho que se razone y por bien que se practique, no se puede jamás entender sino por experiencia, de manera que tanto sabréis de ella cuanto experimentaréis en vuestra alma, y nada más. Por tanto, Señora, si la queréis aprender, poneos a experimentarla y no tendréis necesidad de que yo os la diga. Pero todavía os quiero decir esto, que, según parece por lo que dice san Pablo: «siendo yo libre de todas las cosas, me hice siervo de todos para ganarlos a todos para Cristo», la libertad del cristiano está en la conciencia, porque el verdadero y perfecto cristiano es libre de la tiranía de la ley, del pecado y de la muerte y es señor absoluto de sus afectos y de sus apetitos. Y, por otra parte es siervo de todos en cuanto al hombre exterior, porque está sujeto a servir a las necesidades de su cuerpo y a tener sujeta su carne y a servir a sus prójimos según su posibilidad, o con sus facultades si las tiene, o con buena doctrina si la alcanza, y con ejemplo de buena y santa vida. De manera que una misma persona cristiana, en cuanto al espíritu es libre sin reconocer otro superior que Dios, y en cuanto al cuerpo está sujeta a todas cuantas personas hay en el mundo por Cristo.

I Cor. 9, 19.

Ya, Señora, habéis entendido de dónde nace la confusión de ánimo en la que hasta aquí habéis vivido, y juntamente el remedio que podréis tomar para ella. Habéis entendido de dónde os viene la contradicción que desde que oísteis al predicador sentís dentro de vos, y la manera como os podréis librar de ella. Os he pintado la idea de la perfección cristiana. Os he mostrado doce pasos por los cuales comenzaréis a caminar hacia

Cristo sin ser vista del mundo. Os he satisfecho algunas dudas que se os han ocurrido. Últimamente habéis entendido en qué consiste la libertad cristiana. Resta ahora que comencéis luego luego, desde esta noche, a hacer prueba de vos en esos pasos que os he enseñado. Porque quiero que mañana me digáis lo que de ellos os parece. Y mirad que siempre roguéis a Dios que os guíe y encamine con su gracia sin consentir jamás que os apartéis de él. Porque éste es el camino para llegar a la perfección cristiana y para gozar la libertad cristiana, a la cual cuando seréis llegada, podréis con verdad decir con el profeta David: «Dominus regit me et nihil mihi deerit. In loco pascuae ibi me collocavit». Esto es: «El Señor es mi guía, no me faltará cosa alguna. Él me ha puesto en buena dehesa».

BREVE SUMA DE LO QUE CONTIENE
TODO EL DIÁLOGO

Cómo se ha de entender que el hombre está creado a imagen de Dios.

En qué consiste la felicidad del hombre.

Qué cosas se consideran en el pecado original.

Qué es lo que nosotros cristianos ganamos en el bautismo.

Dos efectos que hace predicación del Evangelio en el ánimo de los cristianos.

Qué es ley.

Qué es el fruto del Evangelio.

De dónde nace la dificultad que las personas hallan en el camino de Dios.

Cinco modos o condiciones de personas.

En qué consiste la perfección cristiana.

Naturaleza del amor propio.

La naturaleza del amor de Dios.

Una breve declaración de los diez mandamientos.

Un aviso cristiano y necesario sobre la observancia de los mandamientos.

Una regla cristiana y evangélica que comprende todos los mandamientos.

Una doctrina de san Juan, que consuela a los que todavía no han llegado a la perfección.

Tres modos en los cuales las personas pecan: por malicia, por ignorancia y por fragilidad.

Los frutos de la caridad, según san Pablo.

Qué es fe.

La diferencia que hay entre la fe y la esperanza, con una comparación.

División del hombre según san Pablo.
Doce pasos para caminar a la perfección cristiana.
Cómo hemos de conocer al mundo.
Cómo hemos de conocer a nosotros mismos.
Que la persona se ha de aborrecer a sí misma.
Que para amar a Dios es menester conocer a Dios, y
que por tres caminos le conocemos.
Uno, por luz natural.
Otro, por el Testamento Viejo.
Otro, por Cristo.
Cómo hemos de conocer a Cristo.
Una breve y pía declaración del Credo.
Cómo hemos de amar a Dios y al prójimo.
Cómo nos hemos de confiar en la fe.
Cómo nos hemos de certificar en la esperanza.
Que el ejercicio del cristiano ha de ser la mortifica-
ción del hombre viejo y la vivificación del nuevo.
De qué modo hemos de negar nuestras voluntades.
De qué manera hemos de mortificar nuestros cinco
sentidos corporales.
Que se han de mortificar los afectos interiores.
Que nos examinemos cada noche de lo que habre-
mos hecho en el día.
Que comuniquemos nuestras cosas con alguna perso-
na espiritual.
Una consideración contra el honor del mundo.
Otra consideración contra la satisfacción de las cosas
exteriores.
Consolación contra las tentaciones y tribulaciones.
Que se guarde de platicar con las personas del mundo.
Que antes se ha de adornar el hombre interior que
el exterior, por una comparación.
El fruto que hemos de sacar de la misa.
Cómo y con qué ánimo hemos de oír el sermón.
Cómo hemos de ponernos a leer la Sagrada Escritura.
Qué libros ha de leer un principiante.
El modo de orar.
Cómo ha de ayunar una persona cristiana.

De la confesión.

Cuál ha de ser el confesor.

Cómo nos hayamos de aparejar para la comunión y
quién la puede frecuentar.

Cuál ha de ser nuestra limosna.

Qué orden tiene la caridad cristiana.

Que, comenzando a servir a Dios por temor y por in-
terés, se viene a servir por amor. Esto se declara
con una comparación.

En qué consiste la libertad cristiana.